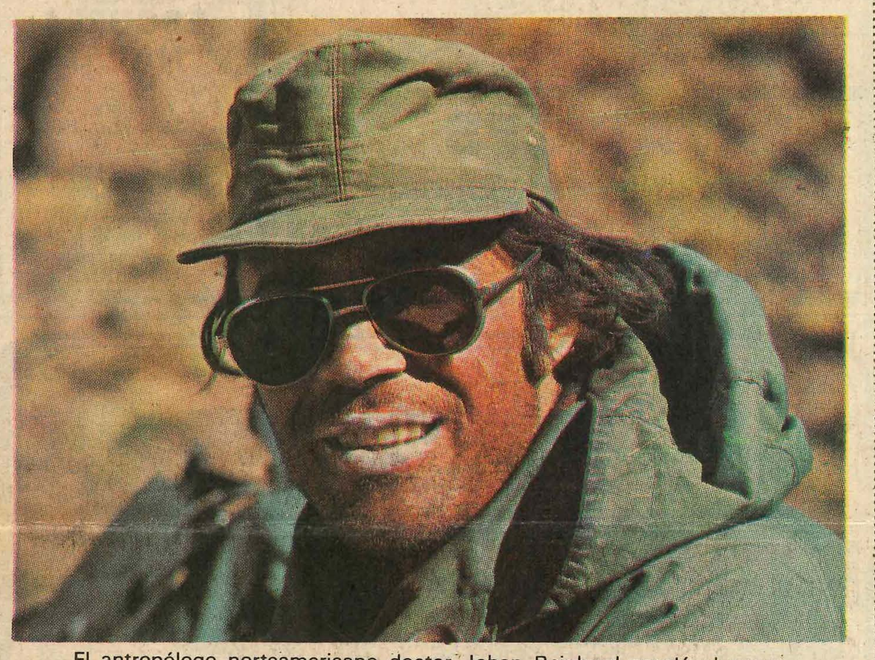
Santa Rosa de los Pastos Grandes es un antiguo caserío a 4.000 metros sobre el mar. Al fondo el cerro "Azufre", de 5.800 metros, muestra su cumbre blanqueada por la nieve. Fue escalado por Reinhard y Vazquez.

Juan Schroeder, director de cine que acompañó la expedición filmando escenas para una película documental.

La momia del nevado Quehuar

Por Antonio Beorchia Nigris

El texto de la primera nota escrita por el señor Antonio Boerchia Nigris para nuestro diario, sobre la expedición al nevado Quehuar y sus interesantes alternativas y observaciones, lo damos en la página última de este suplemento.



El antropólogo norteamericano doctor Johan Reinhard escaló el cerro "Azufre" y dos veces el nevado Quehuar.

El nevado Quehuar fotografiado con las últimas luces del día. Fue escalado por ocho miembros de la expedición del Club Andino Mercedario.

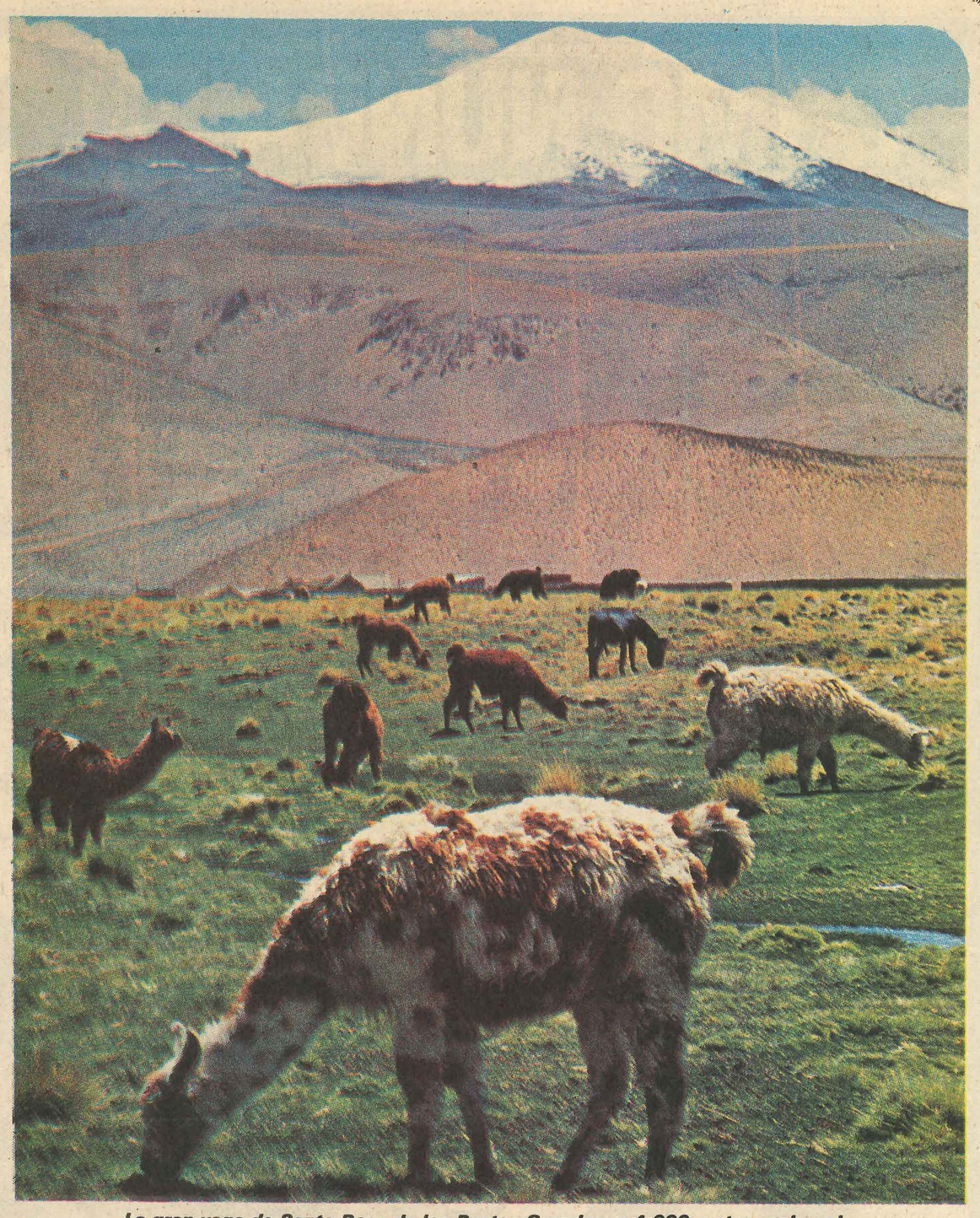
El grupo expedicionario fotografiado en Santa Rosa de los Pastos Grandes. Al fondo el nevado Quehuar.

A 6.130 metros de altura los expedicionarios cavan, bajo una intensa nevada, para alcanzar el sitio donde apareció la momia de un niño sacrificado.

La momia del nevado Quehuar

En la cumbre del nevado Quehuar, a 6.130 metros de altura, existen las ruinas de un gran templo, al abierto, de probable origen incaico, en cuyo interior el club Andino Mercedario descubrió en el año 1974 la momia de un niño sacrificado hacen 500 años. En febrero del corriente año, socios de la misma institución, juntamente con tres japoneses, un director de cine y un antropólogo norteamericano fueron a rescatar la momia para entregarla al museo arqueológico de la ciudad de Salta.

Por Antonio Beorchia Nigris



La gran vega de Santa Rosa de los Pastos Grandes, a 4.000 metros sobre el mar, sustenta grandes hatos de llamas domésticas. Al fondo la blanca silueta del Quehuar a 6.130 metros de altura que guarda en su cumbre ruinas de origen incaico.

Quehuar es el nombre de un gran nevado en la provincia de Salta, pero era también nombre de persona entre los antiguos incas. El gran mestizo Garcilaso de La Vega fue sobrino de un Quehuar Túpac, orejón de sangre real. Al respecto escribe en sus "Comentarios Reales", libro octavo, capítulo octavo, cuanto sigue: "Dejó (Túpac Inca Yupanqui) de su legítima mujer Mama Ocllo, sin el príncipe heredero, otros cinco hijos varones; al segundo llamaron Auqui Amaru Túpac Inca, como a su padre, por tener delante siempre su nombre; el tercero se llamó Quehuar Túpac,... etc.".

Es de lamentar que Garcilaso, siempre tan minucioso y detallista en sus escritos, no haya aclarado qué significa el nombre Quehuar en la lengua general del antiguo Perú. Sin duda debió subrayar alguna virtud o cualidad especial del príncipe inca, como era costumbre entre esos antiguos americanos. Bástenos por ahora saber que fue el nombre de un noble, y que quizás por el mismo motivo se bautizó Quehuar al gran nevado en la provincia de Salta, pues por su hermosura y gran porte, aparece como el más notable entre sus semejantes.

Sabemos, además, que a sus pies pasaba un ramal del antiguo Camino del Inca proveniente de San Antonio de los Cobres, según lo apunta brevemente Erdmann Strube en su tratado sobre la vitalidad incaica.

Otra explicación para este nombre "Quehuar" no tengo.

. . . . . .

En 1974 un grupo del Andino Mercedario descubrió en la cumbre de ese nevado un gran templo al abierto y en el interior de una muralla circular, el cuerpo de un niño indígena sacrificado hacen 500 años a dioses paganos "falsos y mentirosos", como diría el Dante.

Piensen: a 6.130 metros, entre nieves eternas, un niño inmolado, envuelto en su poncho; una criatura sacrificada probablemente por estrangulación, para pedir al Quehuar abundantes aguas para los sembrados, para que Inti madurara las mieses, para que cesara alguna peste o el Inca recuperara su salud.

¡Un niño a esas alturas, encajado en el hielo tan firmemente, que fue imposible rescatarlo entonces!.

Por consiguiente convenía organizar una nueva expedición a fin de recuperar esa antigua víctima, y trasladarla al museo arqueológico de la ciudad de Salta.

Los participantes

Los preámbulos a veces fastidian, máxime si son largos y artificiosos. Diré, pués, sin más, quiénes fuimos y porqué.

Hay un director del cine argentino, Juan Schröder, que actualmente filma una película documental sobre los Andes titulada "Inti Anti".

Este firmó un convenio de mutua colaboración con la Dirección de Asuntos Agropecuarios de nuestra ciudad, para realizar un estudio de la fauna de las reservas "San Guillermo" y "Valle Fértil". Con él trabajan el camarógrafo japonés Masao Fujii, mi viejo amigo (con quien compartimos aventuras en 1968 en la pared sur del Mercedario), y el fotógrafo Kenji Mori. A veces lo acompaña también el maestro Yusaku Kannari, pero solo por el placer de recorrer mundo. A éstos los encontré un día en forma casual en el Departamento de Ganadería, y vernos y concretar una expedición fue cosa de minutos. Porque ellos deseaban filmar un santuario de altura incaico, y nosotros, del Andino Mercedario, deseábamos recuperar la momia de que hablé al principio.

Otro que se unió al grupo, fue el antropólogo norteamericano Dr. Johan Reinhard, quien volvía de una vasta campaña explorativa al desierto de Atacama siguiendo las huellas de los Incas, que además acababa de escalar el Aconcagua en ascensión solitaria. Reinhard es un hombre excepcional, de 37 años de edad, explorador, andinista, aventurero, paracaidista, buzo profesional, camarógrafo, fotógrafo, periodista, científico, pero sobre todo un muchacho sencillo y noble. Se autodefine un gnóstico, si bien su gnosticismo no se asemeja a la antigua herejía de Simón el Mago, su fundador; siente en efecto predilección por la filosofía budista y una aún imprecisa atracción hacia la doctrina de Jesús, nuestro Señor.

Trabajó como buzo en Italia en dos operativos de arqueología submarina; además hacen tres meses batió el récord mundial de altura para buzos, sumergiéndose en un lago a 5.900 metros. No puedo aún decir dónde, pero poseo fotografías de tan extraordinaria hazaña. Podría seguir un rato largo, sin embargo sólo diré que recorrió medio mundo, desde Nepal a la India, o desde Europa a las américas, a pesar de sus muy modestos recursos económicos, pues no se puede ser libre y rico a un tiempo.

Representantes de nuestro club local de andinismo fuimos diez: como médico se desempeñó nuestro consocio el Dr. Miguel Vázquez, comandante médico de Gendarmería Nacional, veterano montañés, quien en esta oportunidad llevó a cabo una investigación relacionada con la oxigenación de la sangre en altas cuotas; iban también el profesor de gimnasia Mario Muñoz, los estudiantes universitarios Juan Pablo Oro y Andrés Meglioli, el escalador Pablo Schlogl, los jóvenes hermanos Juan y Walter Hermann, las andinistas Aída Romero y Edda Yacante, que es también mi mujer, y por último yo, que me desempeñé como coordinador.

Días de viaje

Paso por alto la descripción del viaje hasta San Antonio de Los Cobres, antigua capital de la Gobernación de Los Andes, que nos demandó tres días de sudor y de insomnio. Paso por alto también la odisea vivida para conseguir movilidad desde San Antonio a Santa Rosa de Los Patos Grandes, distante 60 kilómetros. Solo diré que, para algunos el tiempo apremiaba, nos fraccionamos en dos grupos, de los cuales uno viajó el 22 de febrero hasta Santa Rosa (Reinhard, Vázquez y Muñoz), y los restantes nos quedamos en San Antonio esperando el director de cine Juan Schroder y sus tres acompañantes japoneses, que tuvieron un viaje muy accidentado en ómnibus, en cuyas bodegas invadidas por el agua de río Toro se mojaron equipos y filmadoras. Gajes del oficio, quizás, pero que cuestan una mar de dólares.

Santa Rosa de los Pastos Grandes

Santa Rosa de los Pastos Grandes, nombre sonoro, muy acorde con el gusto de los conquistadores españoles que así bautizaron el lugar. Uno piensa descubrir una ciudad colonial o por lo menos un pueblo importante. ¡Pero no!, sólo hallaréis veinte casas alineadas en la margen izquierda de una extensa vega, donde llamas y burros se disputan el jugoso pasto que mantienen talado como un césped. La característica conformación de las vegas de alta montaña hace que el pasto y las plantas acuáticas formen cojinillos verdes rodeados de agua, y que a trechos se observen lagunitas delimitadas por bordes vegetales que mantienen el agua a diferentes niveles.

La altura de Santa Rosa es de 4.000 metros sobre el nivel del mar, y por consiguiente el aire es allí sutil, transparente, fresco. Se ven a la vera algunas huertas encerradas con muros de pirca, donde hasta hacen 7 años se sembraban verduras y alfalfa, pero que en la actualidad permanecen abandonadas; vimos también muy abandonado el antiguo cementerio, y gran parte de las casas en vías de destrucción. Sin embargo, las familias indígenas que aún permanencen en el lugar, poseen un nivel de vida bastante aceptable, considerada la zona.

Las casas, como ya dije en otra oportunidad, son de adobes, con excepción de la escuela y la capilla construídas con sillares y mezcla, y tienen todas pisos de tierra; por su lado los muros no conocieron jamás un revoque o siquiera una blanqueada con cal; los techos a dos aguas poseen tirantería y travesaños de madera de cardón, a su vez cubiertos con pasto hichu que les da un aspecto estéticamente muy cálido.

Digo casas, pero en realidad se trata casi siempre de chozas de un solo ambiente, donde la falta de higiene, el hacinamiento y la promiscuidad son comunes a todas ellas. En cuanto a este detalle, nada adelantaron nuestros indios desde los tiempos de la colonia, y de la civilización actual aceptaron de buen grado, juntamente con la fe cristiana, sólo los dudosos beneficios de la radio y de los modernos grabadores, como asimismo el uso de la bicicleta.

Es curioso observar cómo la bicicleta sustituyó en el altiplano a la mula sillera; recorren los indios en esos vehículos grandes distancias desde sus casas a las minas, y es común verlos cruzar extensos salares o desiertos vastísimos, donde la vista se pierde en lejanas reverberaciones ondulantes, verlos, digo, pedalear en el sol del mediodía, sin una sombra, sin un alma, kilómetros alrededor, avanzando hasta que el horizonte los fagocita. Tales escenas, muy cercanas al surrealismo, las ví muchas veces, y aseguro que no desentonarían en una película de Fellini.

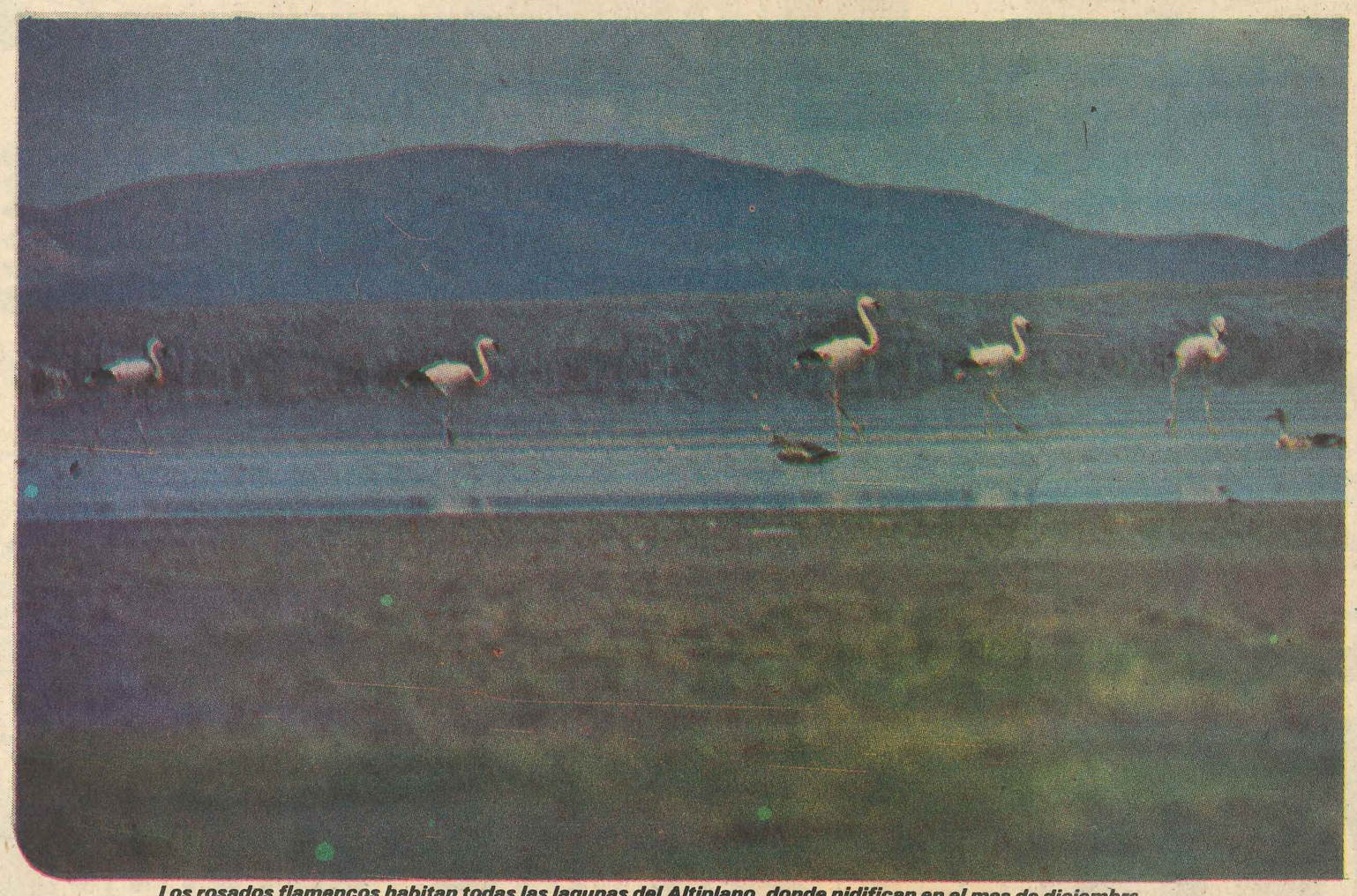
Regreso del cerro Azufre

El 24 de febrero, a la oración, aparecieron a lo lejos sobre la vega, el Dr. Miguel Vázquez, el Dr. Johan Reinhard y el profesor Mario Muñoz, precedidos de un guía y dos burros de carga. Los recibimos con las campanas de la capilla tocando a vuelo, y fue para todos motivo de gran alegría saber que habían alcanzado la cumbre del cerro Azufre, de 5.800 metros, esa misma mañana. Solo Mario Muñoz tuvo que desistir a los 5.500 metros, afectado por fuertes náuseas y dolor de cabeza.

Relataron que la ascensión fue dura, por lo escabroso del terreno, y que la cumbre en sí poseía tan reducidas dimenciones que apenas había lugar para moverse en ella. Lamentablemente no observaron rastros de las ruinas que por informes verbales de los lugareños, debían existir arriba.

En cuanto a nosotros, recién partimos el día después, con 4 burros de carga y dos guías locales. Nuestra meta era el nevado de Quehuar, al cual se accede siguiendo el curso del arroyo Santa Rosa. La primera hora de marcha pasamos frente a grupitos de chozas con mujeres y niños a la puerta, que salían para vernos pasar; vimos ovejas, cabras y llamas pastar a lo largo de muchos kilómetros sobre la vega; bordeamos a los 4500 metros una laguna y un extenso pantano, y finalmente levantamos cinco carpas en un confortable vallecito a lo 4.700 metros de altura.

De la ascensión al nevado Quehuar, de las intensas nevadas que nos sorprendieron, de lo que pudimos rescatar entre las antiguas ruinas de la cumbre, hablaré en otra nota.



Los rosados flamencos habitan todas las lagunas del Altiplano, donde nidifican en el mes de diciembre

(Domingo próximo, segunda nota)